

WARHAMMERTM
40,000



DÍA DE LA ASCENSIÓN

ADRIAN TCHAIKOVSKY

minotauro



DÍA DE LA ASCENSIÓN

ADRIAN TCHAIKOVSKY

minotauro

Día de la Ascensión

Published by Black Library, 2021
2025 © Games Workshop Limited.

Day of Ascension, Día de la Ascensión, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Reservados todos los derechos.

Originally published as *Day of Ascension*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Ariadna Cruz, 2025
Ilustración de cubierta: Vladimir Krisetskiy
Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1990-0
Depósito legal: B. 12.682-2025
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

I

El cuerpo del Fabricador General Burzulem, señor de Morod, era como una gran campana de bronce revestida de rojo y oro. La cabeza sin pelo, engastada en un nido retorcido de cables segmentados sin cuello aparente, asomaba entre las sombras de los bordes superiores, a menudo inclinada hacia abajo para mostrar la debida condescendencia hacia sus subordinados arrodillados. Cuando caminaba, lo hacía bamboleándose, como si cada paso se correspondiera con el tañido de un badajo. Era un movimiento tan fluido que resultaba perturbador en un hombre que había prescindido de sus pies humanos hacía mucho tiempo. Lo normal habría sido que la docena de extremidades articuladas que lo impulsaban se arrastraran por el suelo, en lugar de hacer que semejante masa de metal flotara y se arremolinara como un morador de los fondos marinos alienígenas donde no brilla el sol (o, por lo menos, eso pensaba Gammat Triskellian).

En ese momento, el Fabricador General estaba descansando, lo cual, en su caso, no implicaba estar sentado, ya que el armazón metálico de su cuerpo carecía de cualquier elemento que se asemejara a una cintura. En cambio, Burzulem estaba agachado sobre un estrado, inclinado hacia delante para dedicar a los suplicantes una mirada benevolente o de otro tipo, según le apeteciera. A su lado, junto a uno de sus hombros —o, al menos, en el punto donde los brazos androides se proyectaban desde su cuerpo— se encontraba la Fabricadora Locum Alloysia, su fiel lacaya. Era una mujer estilizada, de líneas afiladas y espirales de tentáculos mecánicos con los que sostenía escritos, pergaminos y un dispositivo de cálculo antiguo. Las peticiones de cada uno de los tecnosacerdotes que se presentaran ante ellos se ponderarían y calibrarían en los engranajes de aquella reliquia, que determinaría la cuantía del estipendio que Burzulem les concedería para el año siguiente.

Para Triskellian y sus compañeros de la orden de Genetistas, habían sido unos años bastante duros. Su trabajo rara vez concitaba la aprobación de Burzulem. «Error y parcialidad», pensó mientras esperaba su turno. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer, más que seguir estos protocolos y procedimientos? Triskellian había remitido las peticiones de su orden para el próximo período de investigación calendárico, una larga retahíla de propuestas minuciosamente redactadas sobre expediciones, experimentos y ejercicios devocionales destinados a alcanzar un grado de perfección absoluto, donde la carne y la máquina pudieran plasmar con mayor elegancia la intención del Omnissiah. «Tantas cosas que estamos a punto de conseguir...». El único problema era que Burzulem tenía a sus favoritos y la gente de Triskellian no figuraba entre ellos.

El solicitante que hablaba en aquellos momentos era bastante prolijo. Alloysia se balanceaba sobre las puntas afiladas de sus pies metálicos. Detrás de ella, la enorme mole de su robot Kastelan imitaba el movimiento con pesadez.

—Entera y absolutamente contraindicado, en todos los sentidos posibles. —Burzulem interrumpió al hombre—. Aburridísimo, Matriculus. ¿No te parece, Alloy?

—Monótono hasta la sedación, Fabricador General. —Alloysia bostezó de manera exagerada, algo que su sistema respiratorio mecánico no requería.

—Nada para ti, Matriculus. Únete al grupo de reclutamiento. Ve a traernos algunas ofrendas dignas. —Una risa hueca resonó por el cuerpo de Burzulem—. Y, ahora, ¿a quién tenemos aquí? ¿Pronotum Tan? Adelante, Maestro Tan, comparte tus ideas con nosotros.

Tan, un viejo compinche de Burzulem, tenía a su cargo una docena de las manufactoria de Morod. Deseaba, decía, retomar una técnica metalúrgica que había caído en desuso hacía mucho tiempo, pero que sus investigadores habían redescubierto recientemente. «Nada significativo», observó Triskellian con desdén. Solo una muestra más de una sabiduría que había quedado enterrada en el suelo de la fundición, un siglo antes, y que Tan, diligente y lento a partes iguales, acababa de desenterrar de debajo de las mesas. Y se trataba de mercurio, por supuesto. Tan estaba obsesionado con las aleaciones de mercurio, a pesar de los estragos que causaban en la carne. En aquel momento recitaba de un tirón sus estimaciones: un dos por ciento más de durabilidad, un cuatro por ciento más en la velocidad de producción y, soterrado entre las demás cifras, un once por ciento de reducción en la esperanza

de vida estimada de los trabajadores del manufactorum, fruto de la exposición a todo ese metal tóxico. Triskellian sabía que eso acabaría repercutiendo en la productividad dentro de una generación, y que, con toda probabilidad, esa había sido la razón por la que se había abandonado su práctica la primera vez. «No dejamos de dar vueltas, desechamos las malas ideas solo para que venga alguien y las “descubra” de nuevo...»

No obstante, Tan recibió una generosa asignación de la beca de investigación por su mala idea. Entonces llegó el turno de Triskellian de dar un paso al frente y presentar sus propias propuestas, ya casi al final de la larga fila. Se irguió todo lo que pudo, irisó los ojos artificiales hasta convertirlos en dos puntos de color azul acerado y liberó manualmente un poco de la presión de los fuelles que tenía en el pecho, para imprimirle algo más de firmeza a su voz.

—Oh —dijo Burzulem entornando su único ojo orgánico—. Fíjate, Alloy, es nuestro estimado colega Triskellian, el Visceral. —Un apodo que había perseguido a Triskellian desde sus años de juventud común en el seminario.

—Fabricador General... —empezó a decir, antes de que lo hicieran callar cuando un servidor entró a trompicones portando noticias. Burzulem cogió el pergamino que le tendió la criatura con forma de hombre y lo sostuvo en alto, con el ojo vivo entrecerrado mientras lo escudriñaba con su homólogo de latón.

—¡Ajá! —Una expresión de júbilo que hizo vibrar el cuerpo del hombre con un coro de ecos reverberantes—. Nuestros prodigios de acero han regresado, espléndido. Mis versados colegas —anunció, duplicando el volumen de su voz de repente, para abarcar toda la sala—, me informan de

que hoy varios de los honorables hijos e hijas de Morod se encuentran en la órbita. Nuestros fieles reclutas, que abandonaron nuestras costas en tiempos pasados y renunciaron a la carne para convertirse en valerosos skitarii. Ellos, que dejaron atrás nuestro mundo para embarcarse en una noble búsqueda bajo la luz de otras estrellas, han regresado para darles la bienvenida a quienes han sido elegidos para unirse a su hermandad cibernética. Y no debemos deshonrarlos, mis versados colegas. Debemos asegurarnos de que se les dé la bienvenida con fuegos artificiales, ceremonias y cuantas muestras de júbilo precisamente calculadas y debidamente calibradas se consideren apropiadas. También harán falta nuevos reclutas, por supuesto. Cantidades ingentes de reclutas. Disculpadme, estimados colegas, pues esto deposita una enorme carga administrativa sobre mis hombros. —Y, con esto, el armazón acampanado de su cuerpo se elevó sobre sus numerosos pies diminutos, listo para alejarse flotando como si se dejara llevar por el viento.

Triskellian volvió a ajustar los fuelles del pecho hasta emitir un sonido parecido a un carraspeo. Burzulem se detuvo, girando primero un ojo y luego el otro hacia abajo.

—Oh —dijo sin el menor entusiasmo—. Sí, no debo irme sin antes escuchar al viejo Visceral. Destapa el tarro de las esencias y cuéntanoslo todo, Visceral.

Triskellian apretó los dientes, pero decidió hacer alarde de paciencia y dignidad.

—Fabricador General —dijo mientras le tendía sus pergaminos a un servidor, para que los llevara hasta las zarpas de bronce de Burzulem—. Los genetistas proponemos un plan de investigación multidisciplinar y de amplio espectro, centrado principalmente en mi labor con los skitarii. Como sabes, la práctica actual de reconfiguración

remota de nuestros skitarii sobre el terreno, depende en gran medida de la adaptación exclusiva de sus componentes mecánicos, a menudo en detrimento de sus sistemas vitales restantes, lo que menoscaba su funcionamiento y reduce su vida útil operativa. He estado experimentando con una poción que proporcionaría mayor resistencia y adaptabilidad al tejido orgánico, lo cual nos permitiría ejercer el mismo grado de control y manipulación sobre las sustancias vitales y, por tanto...

—Uf —lo interrumpió Burzulem—. El mismo Visceral de siempre. Sé que a los de tu clase os gusta probar todo tipo de sustancias inefables, pero esto solo puede calificarse de indecoroso. Insalubre. ¿Estás de acuerdo, Alloy?

—Una infestación de efluvios orgánicos, sin duda —convino Alloyisia. Tenía el montón de propuestas entre los tentáculos, que pasaban las hojas a una velocidad vertiginosa—. Algo sin precedentes, Fabricador General. No veo ni un solo sello o dispensa que certifique esta investigación. ¿Dónde se establecieron originalmente estas técnicas, Visceral?

—Sigo una línea de investigación revisada —apuntó Triskellian con cautela—. Veréis que he llevado a cabo un análisis de las lagunas existentes en la investigación recuperada y que estoy intentando reconstruir la original mediante... procedimientos novedosos que siguen un modelo estadístico más apropiado. —Se había ido acercando mientras Alloy leía y ahora estaba justo a los pies del estrado, mirándolos. Se odiaba a sí mismo por tener que suplicar, pero esta vez necesitaba impresionar a su detestable par de superiores. Podría extender la mano y...

—¿Sigues, dices? —repitió Burzulem—. Triskellian, tengo la impresión de que no has estado siguiendo nada.

Todo esto suena a que te lo has ido inventando, como podría haber hecho cualquier lego en su insensatez. —De pronto, su semblante se tornó duro y severo, sin un ápice de frivolidad—. Si este trabajo es la labor honrada de un tecnosacerdote, muéstrame dónde lo han perfeccionado y practicado nuestros predecesores. Muéstrame en las historias, mi díscolo genetista, dónde consideraban estas cosas aptas para nuestros ritos y doctrina. Porque tengo la sensación de que piensas que puedes ignorar cómo se hacen las cosas en tu afán por llegar a lugares a los que nuestros antepasados nunca llegaron. Y, si nunca lo hicieron, Visceral, fue por una buena razón. Si de ti dependiera, seguirías estas novedosas indagaciones tuyas hasta la herejía. Si nos hubiera correspondido a nosotros hacer estas cosas, ya las habríamos hecho. —La mayoría de los tecnosacerdotes presentes se hicieron eco de la letanía entre murmullos monótonos.

«Podría...», pensó antes de responder:

—Cuando las rutinas antiguas están incompletas, solo la experimentación puede determinar cuáles pudieron ser los procesos originales —se apresuró a decir Triskellian, no sin cierta ambigüedad—. Juro ante las escrituras del Omnissiah que...

—No —declaró Burzulem—. Te mantendremos alejado de la tentación, mi genetista obstinado, porque es nuestro deber protegerte de tus peores impulsos. —Una risita metálica. —No se destinarán recursos a Gammat Triskellian y a sus genetistas, Alloy. Toma nota.

—Anotado, Fabricador General.

—Mejor que se una al grupo de reclutamiento. Después de todo, no debemos deshonorar a nuestros héroes retornados, y menos ahora que los caprichos de la disformidad los

han traído de vuelta a tiempo para nuestras festividades. ¡Tendremos un Día de la Ascensión para el recuerdo! ¡El mejor del siglo! Pero no creas que me he olvidado de ti, querido Visceral. El grupo de reclutamiento te espera, Triskellian. De hecho, solo porque te aprecio y te valoro, tendrás la responsabilidad de completar el cupo. Dedicar tus innovadoras pesquisas a reclutar una nueva hornada de posibles servidores y skitarii. Haz una buena recolecta, Visceral, y tal vez el año que viene puedas disponer de tu propia beca.

—¡Fabricador General, por favor! —exclamó Triskellian. Antes de darse cuenta, se inclinó hacia delante y apoyó una mano sobre la tela tirante de la túnica de Burzulem. Llegó incluso a estirar de él, arrastrándolo hacia delante hasta hacer que se balanceara en el borde del estrado.

«Y podría. Podría tirarlo. —La idea era sacrílega y electrizante a partes iguales—. ¿Qué cálculos tendenciosos lo colocaron por encima de mí? ¡Un solo decimal de diferencia y sería yo quien estaría ahí, rechazándolo a él!

—¡Cómo se atreve! —chilló Burzulem—. Alloysia, ¡haz que me quite las manos de encima!

Un tiroteo estalló al tiempo que pronunciaba esas últimas palabras. Un instante después, una figura irrumpió entre los tecnosacerdotes reunidos, dispersándolos como si fueran un montón de bolos. Triskellian vio dos manos armadas con pistolas. Dos, y luego una tercera. Un grupo de skitarii se abrió paso a empujones, prácticamente arrollando a los sacerdotes de menor rango en su afán por alcanzar al asesino. Los primeros disparos habían desgarrado los elegantes ropajes de Burzulem, dejando marcas relucientes en la coraza metálica de su cuerpo. Los siguientes...

Triskellian dio un tirón. Al comprobar que seguía aferrado a la túnica rasgada, tiró de nuevo con todas sus fuerzas, arrastrando al Fabricador General y haciéndolo bajar del pedestal con un gemido. Burzulem golpeó el suelo con un ruidoso tañido metálico mientras agitaba sus múltiples pies, intentando recuperar el equilibrio. Más armas abrieron fuego.

El mundo de Triskellian se tiñó de blanco. Experimentó un momento de agonía incandescente cuando el dolor empezó a irradiarle al brazo y al hombro hasta que los límites que había impuesto en su propia carne ahogaron la sensación, antes de que pudiera abrumarlo. Su cronólogo interno le informó de que había perdido un segundo y medio de tiempo de experiencia debido a la sobrecarga y posterior restauración de su sistema nervioso. Estaba tendido sobre la forma oscilante y protestona de Burzulem. O casi. Había un brazo hecho jirones desperdigado por los escalones del estrado: el brazo izquierdo de Triskellian. La ráfaga de disparos de la pistola se lo había arrancado de cuajo del hombro.

Alloysia estaba inmóvil sobre el estrado, petrificada, como si se le hubieran averiado las extremidades. Aunque su robot Kastelan imitaba su postura sobresaltada, no hacía nada por ayudarla.

El asesino estaba de pie junto a él. Los ojos de Triskellian —las dos lentes azules que le habían implantado tras un accidente explosivo en el laboratorio— no dejaban de alternar la mirada entre los tres cañones. Tres manos. En los segundos previos a su muerte, sin duda inminente, no pudo evitar fijarse en los detalles más ridículos: la piel córnea y engrosada de los dedos, similar a la quitina o a algún tipo de maquinaria, perfectamente articulada. Alzó

la vista más allá de las armas, hasta llegar al rostro del asesino, y se topó con los rasgos estirados de una mujer de ojos negros y boca ancha.

Los skitarii abrieron fuego en ese momento y la luz verdosa de sus carabinas restalló por toda la estancia. Al menos uno de los tecnosacerdotes de menor rango recibió un disparo donde no debía y cayó abatido. «Deberían recalibrar sus sistemas de fijación de objetivos —pensó—. ¡Qué cosas me da por pensar, estando a las puertas de la muerte!». Pero entonces varios proyectiles alcanzaron a la asesina y la hicieron tambalearse. Aun así, logró girarse y abatir a dos de los skitarii, apuntando a las conexiones vitales de las baterías y a las bombas de fluidos que los nutrían. Otra ráfaga iridiscente de proyectiles la acribilló. Hincó una rodilla en el suelo a la vez que las pistolas se le escurrían de las manos espasmódicas.

Burzulem se revolvió, quitándose a Triskellian de encima, quien aterrizó con violencia mientras una sensación lacerante le recorría el cuerpo... Aunque lo que sintió no fue dolor, sino el recuerdo del dolor que había quedado enterrado en el segundo y medio de memoria borrada. La asesina gruñía y siseaba, inmovilizada por las manos metálicas de cinco skitarii mientras otro apuntaba a su cabeza deforme con un rifle.

—Esperad —dijo Burzulem, mostrando gran compostura mientras Alloysia lo ayudaba a ponerse en pie—. Una injuria tan imperdonable como esta amerita un juicio público. —Ni siquiera parecía faltarle el aliento, claro que los sistemas que respiraban por el Fabricador General eran independientes de los que hablaban por él—. Después de todo, el Día de la Ascensión está a la vuelta de la esquina, y, además de la plétora de ofrendas, necesitaremos algo de

espectáculo. Punición eléctrica, por la gloria suprema del Omnissiah. Y, en este caso, tendremos que construir un armazón especial. Las minas seguirán provocando estas mutaciones, ¿no? —Hurgó en las heridas de la asesina, que colgaba de los brazos de los skitarii —. Extraordinario. Ella tiene demasiados brazos y tú, Visceral, menos de los que deberías. —Miró a Triskellian, que examinaba el destrozo de su hombro para ver qué seguía siendo salvable—. No cabe duda de que, si dejáramos que siguieras con tus experimentos, le amputarías uno de los brazos y no dudarías en sumarlo a las fragilidades de tu carne. Así que te salvaré de la vileza de tus inclinaciones. Ve a que te procuren un reemplazo metalúrgico apropiado. ¡Y luego vuelve a tus obligaciones! Después de todo, nos espera un día trascendental. Ve y demuestra que eres digno de asumir un poco de responsabilidad.

Burzulem abandonó la estancia sin mirar atrás, golpeando el suelo con sus múltiples piecillos. Los otros sacerdotes lo siguieron entre reverencias y elogios a su sabiduría.

Uno de los skitarii ayudó a Triskellian a ponerse de pie. Hizo ademán de moverse hacia los restos del brazo que había perdido, pero se sentía mareado por la pérdida de sangre o, al menos, de fluidos. Sabía que estaba entrando en estado de choque. Necesitaba volver a su laboratorio, donde podría administrarse un cóctel de supresores biológicos que le permitiría volver a pensar con claridad.

—Esperad. —La palabra salió de su boca antes de saber siquiera por qué la había pronunciado. Los skitarii ya se llevaban a rastras a la asesina, que, por lo que veía, había perdido el conocimiento debido a la conmoción y la pérdida de sangre.

—¿Tecnosacerdote?

—Aseguraos de que viva —logró decir—. Para que pueda ser ejecutada en público. —Varios servidores habían llegado para limpiar el desastre y, una vez más, deseó poder recuperar su brazo, pues era una parte más del menguante material genético con el que había nacido. Sin embargo, el sentimentalismo no tenía cabida en un hombre de su posición. Se quedó mirando las facciones flácidas y la cabeza de extrañas proporciones de la asesina. Le hicieron recordar algo que había leído hacía tiempo: las investigaciones turbias de sacerdotes que lo habían precedido. Burzulem había dicho que era una mutante. Triskellian no estaba tan seguro.

Pero en aquel momento necesitaba llegar al laboratorio antes de que sus implantes se vieran desbordados por toda aquella conmoción y perdiera la consciencia. Y, por si fuera poco, luego estaba lo del grupo de reclutamiento, una labor tan mezquina como servil. Se alejó dando tumbos, rechazando cualquier tentativa de ayuda. Necesitaba pensar en su futuro.